

Paola Lumbreras Gómez
IES Hermanos d'Elhuyar (Logroño)
LA RIOJA



Christine

El señor y la señora Morgan habían adquirido una magnífica casa de campo situada en las cercanías del lago Logbood. Aquella casita no era tan solo un perfecto lugar para aquellos que añoraran la tranquilidad de los campos y la naturaleza. Para los Morgan, era un maravilloso lugar donde empezar una nueva vida, pues aquella familia estaba a punto de crecer.

Así era, Mrs. Morgan estaba esperando gemelos, pero desgraciadamente, en el quinto mes de embarazo, le diagnosticaron una enfermedad pulmonar grave. La pareja se retiró a la preciosa casita y allí trataron de disfrutar del tiempo que pasaron juntos.

La mañana del 21 de mayo, llegaron al mundo dos adorables niñas tan parecidas como dos gotas de agua. Sin embargo, el parto se complicó y la madre falleció. El señor Morgan, roto de dolor, regresó a aquella casa que había presenciado bonitos recuerdos.

Edgard Morgan cuidó y crió a las gemelas como bien sabía lo hubiera hecho su mujer, con todo el amor del mundo. Las hermanas crecieron y con ellas, su especial vínculo. La mayor, por un minuto y medio, se llamó Jane, en honor a su madre, y la menor, Christine.

Una cálida tarde de verano Jane y Christine jugaban con la manguera para refrescarse un poco. Su padre, trabajaba sin descanso en su despacho. Como de costumbre, las gemelas decidieron ir a dar un paseo por el campo. Después de obtener el permiso de Edgard, cogieron sus bicis y empezaron a pedalear hasta llegar al lago. Cuando dejaron las bicis sobre la hierba, Jane sugirió bañarse en el lago mientras se desprendía de su ligero y fresco vestido azul dejando a la vista un hermoso bañador de cuerpo entero con dibujos geométricos.

Christine se negó en redondo por su miedo al agua de aquel verdoso y profundo lago. Su hermana, fingiendo indiferencia, se sumergía y fardaba de sus dotes de nadadora. Buceaba y regresaba a la superficie una y otra vez, mientras Christine la observaba desde la orilla. De pronto, Jane giró la cabeza hacia el lugar en el que habían depositado sus cosas pero para su sorpresa, Christine no estaba allí. Miró por todas partes pensando que quizá había decidido meterse o marcharse, pero su bicicleta seguía allí. Al no encontrarla, salió del agua y desde la orilla intentó localizarla, sin éxito. Cuando volvió al lugar en el que habían dejado sus toallas, Jane solo encontró un pequeño reloj de arena cuya arena parecía oro. En el cristal de aquel extraño reloj había una inscripción que decía: "La arena se escapaba lentamente".

Jane la leyó una y otra vez extrañada. Después de leerla, la inscripción desapareció como por arte de magia desprendiendo un destello dorado. Jane no comprendía nada. Cogió la bicicleta y comenzó a dar vueltas al lago gritando el nombre de su hermana hasta que le dolieron los pies. De repente, el misterioso reloj que había guardado en el bolsillo de su vestido se cayó al camino de tierra.

Al darse cuenta, Jane dudó unos segundos pero corrió a buscarlo ya que pensó que podía ser la única pista de dónde se encontraba su hermana.

Era ya tarde y empezaba a anochecer cuando comenzó a llover. Desesperada, comenzó a buscar entre los matorros y la tierra, mientras que las lágrimas que surgían de sus ojos caían al suelo al igual que las gotas de lluvia. Ya casi no había luz, por lo que Jane tropezó con una gruesa rama cayendo cuesta abajo.

De repente, oyó una voz familiar que le decía:

- "Jane, ¡Jane! Despierta, papá nos llama para cenar".

Era la voz de su hermana, y nada más reconocerla Jane rompió a llorar y abrazándola le dijo:

- "¡Te quiero!"